

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© HRM Ediciones. 2024

Publicado por Historia Rei Militaris SL

Calle Aguarón, 22-local dcha. 50014 Zaragoza

www.hrmediciones.com

Autor	Javier Sánchez Gracia
Diseño de portada	José A. Gutiérrez López
Maquetador	José A. Gutiérrez López
Coordinador editorial	Ignacio Pasamar López

ISBN 978-84-17859-92-3
Depósito Legal Z 1974-2024
Impreso en España

Del desierto al Califato

Bizancio y el Imperio Sasánida frente a la conquista islámica



JAVIER SÁNCHEZ GRACIA

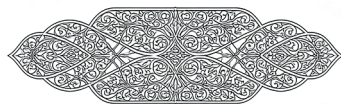
www.hrmediciones.es



ÍNDICE

LOS ÁRABES ANTES DE MAHOMA: UNA PERSPECTIVA GENERAL . . .	7
MAHOMA Y EL PRIMER EXPANSIONISMO MUSULMÁN: 570-632 . . .	53
LOS MUSULMANES SALEN DE SUS FRONTERAS	65
DECLIVE Y CAÍDA DEL IMPERIO SASÁNIDA	73
CAMPAÑA CONTRA BIZANCIO	215
CONQUISTA DEL NORTE DE ÁFRICA (642-708)	259
DE LA MONTAÑA DE TARIQ A LOS PIRINEOS.	293
AGRADECIMIENTOS	329
BIBLIOGRAFÍA	333





Los árabes antes de Mahoma: una perspectiva general de los orígenes al siglo VI

Los escritores antiguos emplearon muy a la ligera los términos «Arabia» y «árabe», pues fueron conscientes de la unidad cultural —y no tanto geográfica— entre una miríada de pueblos a los que llamaron «árabes» y de la existencia de muchos lugares llamados «Arabia»¹. Resumiendo mucho, podemos decir que «Arabia» es el territorio en donde viven los «árabes». Una zona que, en el cambio de era, abarcaba, *grosso modo*, la península arábiga, el Sinaí, Mesopotamia y las zonas desérticas de Jordania, Siria e Iraq². A partir del siglo I a. C., con el expansionismo romano hacia Oriente, nuestras fuentes clásicas dividen claramente a los árabes en dos grandes zonas territoriales: los que habitan la península arábiga (*Arabia Felix et Arabia Deserta*) y los que viven en el eje Mesopotamia-Adiabene-Babilonia (*saraceni; scenitae*³). Todos estos pueblos árabes tenían en común que eran en su mayoría tribus nómadas independientes y los núcleos de población fijos, y estables muy pocos.

La conquista de Trajano de los territorios árabes de Mesopotamia, que quedaron anexionados como provincia en el 107⁴, conllevó que estas tribus árabes se quedaran en «tierra de nadie»: comenzaron a convivir con romanos y persas, comerciando y ejerciendo de mercenarios con ambos.

1 MacDonald (2009), pp. 277-332.

2 Fischer (2020), p. 4.

3 Distinción que podemos leer, por ejemplo, en Amiano Marcelino.

4 Farrokh & Sánchez-Gracia (2018), pp. 124-135.

Hablaban latín (o griego) y persa, y tenían relaciones de cordialidad con ellos, siempre y cuando les llegase dinero, lo que hizo que no les tuvieran especial aprecio (como dice Amiano Marcelino, 14.4.1, «nunca amigos nuestros ni enemigos agradables»⁵).

Ambos imperios (esto es, romanos y persas) los veían en sus fronteras y pensaban que estaban más o menos integrados en su sociedad (hubo nobles y militares de alta graduación árabes sirviendo con honor para Roma) y, de hecho, los empleaban para que, en los periodos de paz durante las guerras romano-sasánidas, hiciesen constantes incursiones fronterizas trabajando para el mejor postor. O obstante ello, nunca perdieron sus vínculos con su «patria», con sus hermanos de la península arábica, con los que tenían unas relaciones comerciales muy estrechas; por eso, cuando estos últimos invadieron al Imperio Romano-Oriental (o ya Bizantino) y a los Sasánidas, lo hicieron a través de Mesopotamia, y los árabes que allí vivían se les unieron prácticamente en masa, enseñándoles las rutas comerciales y, como conocían a sus ejércitos y sistemas burocrático-administrativos, sus debilidades organizativas.

Por consiguiente, nuestras fuentes tienden a dividir a los árabes en dos grandes grupos: aquellos que hacen de «colchón» en la frontera oriental y que, aunque incómodos, pueden ser aliados con Roma o Persia y que quedan vistos como una simple molestia, un sinnúmero de tribus a las que pagar para que no hagan correrías fronterizas y a los que comprar productos en sus enormes caravanas comerciales. Por otro lado, están los árabes de la península arábica, fuera del control directo de Roma y Persia, por eso mismo son considerados como *externae gentes*. Así pues, si pensamos como un romano o persa del siglo VI, los «árabes» son los que viven en la península arábica como si fueran una realidad independiente. Dado que el islam nace allí, así como el inicio de la conquista árabe, ponemos nuestro objetivo en la península arábica, pero, recordando que, como ha señalado con gran acierto Healey⁶, el estudio de los árabes en la antigüedad preislámica es un trabajo frustrante para los modernos académicos que han gastado una considerable energía en buscar las diversas características que definen qué es ser «árabe»⁷.

5 *Nec amici nobis umquam nec hostes optandi.*

6 Healey (1984), pp. 38-44.

7 Mismo parecer en Fischer (2020) pp. 3-17 en las que explica los posibles rasgos comunes a todos ellos.

La historia de la península arábica es, como muy bien puede imaginarse, muy anterior al nacimiento del islam. En la historiografía moderna es normal hablar de dos fases: la historia de la Arabia preislámica (hasta el 610 d. C.) y la historia de la Arabia Islámica.

Los restos arqueológicos son bastante rotundos al señalar que los primeros asentamientos de la península pueden datarse en el 3.000 a. C., en lo que se conoce como «cultura de Thamud», una confederación de tribus con capital en Hegra⁸, si bien algún arqueólogo, tal vez demasiado entusiasta —o atrevido—, cree que la famosa cultura mesopotámica de Ubaid 0 (c. 5.500) pudo crearse en la zona oriental de Arabia y de ahí pasó —tal vez a través de Basra— a Mesopotamia⁹; lo cual, aunque forzado, podría servir para explicar la existencia de árabes en dos zonas geográficas diferentes, pues habrían llegado desde la Península Arábiga (donde parece estar su *urheimat*) no a través del desierto, sino desde Basra.

Las primeras referencias escritas a los árabes las encontramos en época asiria y se refieren, como es lógico, a los de Mesopotamia. Nuestro primer testimonio es un texto en acadio procedente de Asiria que da testimonio de las campañas de los reyes en Siria y el desierto sirio a mediados del siglo IX a. C.¹⁰ Seguramente, esta tablilla esté aludiendo a la campaña del año 876 a. C., en la cual el rey Ashurnasirpal II invadió Siria. La referencia, además, es muy breve: «1.000 camellos de Gi-in-di-bu-'u el ar-ba-a-a» Esto es, «1.000 camellos de Gindibu, el árabe [pronunciado arbay(a)¹¹]».

La tablilla en sí es interesante porque contiene la reseña más antigua —fuera de las fuentes bíblicas— de la existencia del reino israelita, y por esta primera referencia al pueblo árabe. El nombre del líder de la tribu, Gindibu, pervive, siglos más tarde, en el *onomasticon* árabe, bajo las formas Gundub, Gundab o Gindab, todas ellas con el significado de «saltamontes». El uso de nombres de animales como nombres personales es una característica del

8 Hoyland (2001), p. 68

9 Stein, G.J. (2006), pp. 329-343.

10 Retsö (2003), p. 19.

11 Según el Alfabeto Fonético Internacional (AFI), el símbolo [ʔ] representa a una consonante oclusiva glotal sorda; esto es, una consonante aspirada, cuya pronunciación sería similar a la de realización de una /s/ ante oclusiva en donde sufre aspiración.

árabe e impropia del resto de lenguas semíticas, por lo que no hay duda de que esta mención del siglo IX a. C. es claramente genuina¹².

Las tablillas cuneiformes nos mencionan ya a diversos pueblos o tribus árabes, como los Saba/Sheba, Ephah, Nebayot, Qedar, Adbe?el y Massa. Incluso la «Estela de Irán» de Tiglat Pileser III, levantada en el 737 a. C., nos habla de la existencia de una mujer como reina de alguna tribu: «Zabibe, reina de los a-ra-bi».

El hecho más importante de esta estela del siglo VIII a. C. (cuya versión final es del 727 a. C.) es que alguna tribu (que además entregó como tributo al rey asirio camellos, *ibile*), estuviera gobernada por una mujer, cuando el resto de la lista de los pueblos tributarios son todo monarcas masculinos. El nombre de la reina significa «uva pasa» (tal es el significado de *zabibat* en árabe) y presenta las mismas características que el Gindibu de un siglo antes. Esta es la primera —pero no la última— dirigente de una tribu árabe a la que los acadios se refieren con el término *sarrat* («reina»).

Parece que los árabes de Mesopotamia mantuvieron su independencia (más allá de ser tributarios y de dirigir revueltas contra los asirios) hasta mediados del siglo VI (556–553), cuando, según sabemos por Jenofonte, *Cyropaedia*, 1.5.2, los asirios se impusieron sobre todo el territorio de Siria:

«El rey de los asirios [Nobonido] sometió a todos los sirios, un vasto pueblo, hecho súbdito suyo al rey de los árabes y teniendo ya como súbditos a los hircanos».

Cuando el declive asirio se produjo y comenzaron las luchas con el pujante reino de Lidia y su famoso rey, Creso, los árabes se unieron a este en su lucha contra el expansionismo medo-persa. Así, para la batalla en la que iban a librar su futuro, el rey árabe Aragdo llevó consigo diez mil jinetes, cien carros de guerra y un importante contingente de honderos. En la batalla que se libró entre ambos contingentes, los hircanos (aliados de los lidios y los árabes) desertaron a favor de Ciro, rey persa, y se enfrentaron con sus otrora aliados, matando a los reyes de los capadocios y de los árabes:

«Al rey de Capadocia y al de Arabia, que todavía estaban próximos y resistían aún desprovistos de corazas, los mataron los hircanos. La mayor parte de los muertos fueron asirios y árabes, pues, como estaban en su propio país, se encontraban más reacios a marcharse». (*Cyropaedia*, 4.2.31).

12 Eph'al (1974), p. 108-115.

Con los lidios derrotados, Ciro sometió a los árabes en su avance hacia Babilonia, los hizo sus vasallos y los introdujo en su ejército. Conquistada Babilonia, el rey persa nombró a un sátrapa para controlar el territorio en el que habitaban los árabes, un tal Megabizo, si bien las tribus seguían siendo entidades independientes, con sus propios caudillos y mercados.

El último rey árabe, Aragdos, guarda similitud con el nombre de una tribu, Rug-di-ni, mencionada en la Crónica de Nabonido y que fue conquistada en el año 553. Por tanto, parece que el sometimiento asirio a los árabes duró del 553 al 538 (fecha de la conquista de Babilonia) y que no lucharon junto a estos por lealtad, sino porque el expansionismo persa entraba en sus dominios y amenazaba con cortarles sus rutas comerciales.

Desconocemos quién fue el caudillo árabe que se rindió a Ciro (pues el rey Aragdo había muerto en combate), la única información al respecto la tenemos en el *Cilindro de Ciro* (29), donde leemos: «Los reyes de la tierra de Amurru, que viven en tiendas, todos ellos llevaron su importante tributo a Shuanna (Babilonia) y besaron mi pie».

Ahora bien, por un testimonio marginal de Heródoto, parece que los persas ya tenían un cuerpo de camellos o dromedarios formado por soldados árabes en el asedio de Sardes (546 a. C.), por lo que no había una unidad política para todos los habitantes de «Amurru»: todos ellos eran árabes, pero cada tribu tenía su propia autonomía para tomar sus propias decisiones, buscando el interés tribal en vez del general.

La situación bajo dominio aqueménida fue similar a la anterior y, aunque había un sátrapa para controlar el territorio, cada tribu mantuvo su independencia. En estas fechas desarrollaron un nuevo tipo de comercio: la trata de esclavos. Incluso algunos árabes comenzaron a dedicarse al pastoreo y a trabajar para otros, especialmente para el Templo de Sippar, donde formaron una especie de ejército protector¹³.

Desde el siglo V a. C. los árabes crearon una gran unidad comercial entre sus pueblos, por lo que se pueden percibir rutas comerciales entre Mesopotamia, la península arábiga y el delta del Nilo. Pese a una buena situación dentro del Imperio, los árabes pronto buscaron liberarse del yugo aqueménida y, en el 410 a. C., aprovechando la Guerra del Peloponeso, las tribus árabes se aliaron a los atenienses junto con los egipcios y chipriotas en su lucha contra los persas y sus aliados del momento, esto es, los espartanos.

13 Restsö (2003), p. 190.

Lamentablemente, esta alianza la conocemos únicamente por una fuente menor, Diodoro Sículo. 13.46.6, quien además pone esta información en la boca de Farnabazo, cuando estaba justificando ante los espartanos sus actuaciones:

«Por su parte, Farnabazo, queriendo defenderse de las acusaciones de los lacedemonios, ponía más energía que nunca en luchar contra los atenienses, y, al mismo tiempo, a propósito de las trescientas naves que había reenviado a Fenicia, explicó que había tenido que actuar así porque se había enterado de que el rey de los árabes y el de los egipcios tenían sus miras puestas en Fenicia».

La posibilidad de que tal alianza existiese está ahí, pero tal vez se tratara de un pretexto de Farnabazo. Con todo, sí sirve para ver como, pese a estar bajo control de los persas, las tribus árabes seguían teniendo su autonomía.

Un testimonio de Jenofonte (*Anábasis* 1.4.19-5.1), en realidad marginal, confirma que el emplazamiento «fijo» de los árabes de fuera de la península se encontraba en Mesopotamia y no tanto en Siria, por lo que parece que el *urheimat* de los árabes del continente fue siempre esa zona. Allí estuvieron instalados antes de la aparición de romanos y persas, y allí seguirían después. La vida nómada entre los dos ríos, permitiéndoles comerciar hacia oriente y hacia occidente, nunca terminó de desaparecer y siempre hubo tribus árabes por ese territorio, sin haber llegado a ser asimilados nunca por ninguno de los grandes imperios que se impusieron sobre ellos.

Restos arqueológicos encontrados en el santuario de Tell al-Maskhuta (situado a 18 kilómetros de Ismailia, en la frontera entre la península arábiga y Egipto), y datados a finales del siglo V a. C., son un elocuente testimonio de la riqueza de estos caudillos. En ese templo, situado en el camino principal entre el golfo de Suez y el delta, era adorada la principal diosa del panteón árabe, lo cual nos muestra que estos tuvieron una sustancial influencia incluso en el propio Egipto, pero que quedó desdibujada por las conquistas persas y griegas, si bien dejaron su impronta en ciertos elementos religiosos.

Durante los años 393–380 a. C. fue rey de Egipto Acoris (Hagar), quien se unió en alianza con Chipre y Atenas contra Persia. Curiosamente, su nombre en egipcio (HGR) es el mismo término que se usaba para designar al territorio árabe, como podemos ver en el mito sobre «El Ojo del sol», que conocemos por una versión en demótico de periodo romano —se nos dice, con respecto a la Diosa del Sol—: «Su vida es entre en los pájaros de Arabia (HGR), su comida está en la tierra árabe». [?RB]. Esto es, en la mitología

egipcia hay vestigios soterrados de cierto influjo árabe en su culto religioso al Sol.

El nombre del rey era un etnónimo, significaba «árabe» en demótico (*hagar*), y nació en Mendes, en pleno delta del Nilo, en el área de influencia de los árabes. Por tanto, podemos preguntarnos si el nombre del rey no era un nombre propio, sino étnico, y este era llamado Hagar, esto es, «el árabe» por ser árabe¹⁴.

Si aceptamos esta propuesta como cierta (aunque no todos los egiptólogos la siguen, como es el caso de Ray¹⁵ y Wilkinson¹⁶), veríamos cómo fue un monarca árabe quien rompió la «alianza» con los persas (al fin y al cabo, el país estaba controlado por ellos desde la conquista de Cambises) y quien inició los preparativos políticos y militares para expulsar a los aqueménidas de Egipto. Una tarea que inició él, pero que concluyó su sucesor —tras el breve reinado de su hijo— Nectanebo I (378–361), aunque en el 343 Artajerjes III derrotó a los egipcios y volvió a controlar Egipto.

Por consiguiente, el principal actor que cambió el juego de alianzas políticas de Egipto, uniéndose con los atenienses y traicionando a los persas, sería un árabe. Si así hubiese sido se podría colegir que en el delta hubo una mayor influencia árabe de la que tenemos atestiguada y que se refleja, no sólo en la mitología (el mito de «el Ojo del sol»), sino incluso en la política egipcia.

Los persas habían sometido a los árabes de Mesopotamia, les habían impuesto un nuevo sistema de gobierno que no les agradó, y ese descontento se corrió de tribu en tribu hasta influir en aquellos árabes que vivían en el norte de Egipto, quienes iniciaron la lucha por la independencia del territorio contra el control aqueménida. Si lo aceptamos como cierto, podríamos ver que las relaciones entre los árabes y los persas eran malas desde el año 389 a. C., cuando se firma el tratado entre Atenas y Egipto y comienzan las luchas entre persas y egipcios durante los años 385–383 a. C.¹⁷

Con respecto al dominio aqueménida de la península arábiga (Qedar) hay más dudas que certezas. Sabemos que los persas se habían adueñado de la costa oriental de los actuales Omán, Emiratos Árabes Unidos y

14 Posener (1969), p. 149.

15 Ray (1986), pp.149-158.

16 Wilkinson (2010), p. 672.

17 Grimal (1996), p. 403.

Qatar (y conocido como Magan) y del territorio del actual Kuwait, Norte de Arabia Saudí y Jordania. Pero el interior de la península Arábiga, poblado por numerosas tribus, que era un auténtico y difícil desierto, parece que no llegó a ser controlado. Es fácil pensar que los persas enviaran tropas para controlar el territorio, pero la suerte de las mismas se desconoce, si bien los documentos de la época parecen indicar que esas tribus árabes siguieron viviendo sin ser molestadas. Un texto de Escílax de Carianda (c. 350–330), lamentablemente muy mutilado, es el único testimonio que tenemos para conocer la situación general de los árabes a mediados del siglo IV a. C., antes del expansionismo greco-macedonio:

«Arabia. [debajo] de Siria se encuentran los árabes. Nómadas, jinetes, con hordas de todo tipo de rebaños, ovejas, cabras [...] camellos. Esta región es estéril y desierta y, además, carece de agua. Su parte occidental linda con la región egipcia, bañada por un estrecho mar. [...] Hay árabes que pagan tributo a los egipcios y otros que son constantemente atacados por los árabes».

El texto está muy fragmentado y han sido varios los editores y las propuestas ecdóticas¹⁸, por ello, es complicado hacerse una idea exacta de lo que quiere decir. *Grosso modo*, podemos observar la presencia de enfrentamientos entre egipcios y árabes de la Península en este siglo IV, si bien los motivos no pasan más allá de toda conjetura e hipótesis. Dado que la descripción del territorio como de su modo de vida es coherente con otros testimonios, podríamos dar veracidad a todo el pasaje, teniendo en cuenta su estado fragmentario.

Por otro lado, en el siglo IV, especialmente tras la deserción de Egipto del bando persa y su unión con Atenas, observamos una mayor presencia de los árabes en las fuentes literarias griegas. El Primer Himno Delfico a Apolo describe, por ejemplo, el uso del incienso («humo árabe») que antes no se empleaba, por lo que hemos de deducir que hubo contactos comerciales muy estrechos. Además, Aristóteles nos ofrece la primera descripción del camello de una joroba (*camellus dromedarius*), desconocido por los griegos hasta la fecha, frente al camello bactriano (*camellus bactrianus*), de dos jorobas; y también señala que la época de lluvias en la Península y en Etiopía es en verano, lo que indica la existencia de un testimonio local.

18 En la traducción al español de Escílax, realizada por Julián Garzón, el autor secluye del *corpus* textual este pasaje, haciendo referencia al fragmentario estado del código que nos ha conservado la obra.